





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

Título original: THE OUTSIDERS

© 1967, S. E. Hinton

© De la traducción: 1985, Miguel Martínez-Lage

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-369-8

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2008

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2016

Décima sexta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Directora de la colección: Maite Malagón

Editora ejecutiva: Yolanda Caja

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín,

Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



**SUSAN E. HINTON**

loqueleto



*Para Jimmy*



Cuando salí a la brillante luz del sol desde la oscuridad del cine tenía solo dos cosas en la cabeza: Paul Newman y volver a casa. Deseaba parecerme a Paul Newman —él tiene pinta de duro y yo no—, aunque imagino que mi propio aspecto no es demasiado desastroso. Tengo el pelo castaño claro, casi rojo, y ojos gris verdosos. Ojalá fueran más grises, pues me caen mal los tíos de ojos verdes, pero he de contentarme con los que tengo. Llevo el pelo más largo que muchos otros chicos, recto por atrás y largo en la frente y por los lados, pero soy un *greaser*, y por el barrio casi nadie se toma la molestia de cortarse el pelo. Además, me queda mejor el pelo largo.

Me faltaba un buen trecho hasta casa e iba sin compañía, pero por lo general suelo hacerlo solo, no por nada, sino porque las películas me gusta verlas sin que me molesten, para poder meterme en ellas y vivirlas con los actores. Cuando voy con alguien al cine me resulta un tanto incómodo, igual que cuando alguien lee un libro por encima de tu hombro. En eso soy diferente. Es decir, mi hermano mayor Soda, que tiene dieciséis años para cumplir diecisiete,

no abre un libro en su vida, y el mayor de los tres, Darrel, al que llamamos Darry, curra demasiado y muy duro como para interesarse por una historia o ponerse a hacer un dibujo, así que no soy como ellos, y en la pandilla a ninguno le gustan los libros y las películas de igual manera que a mí. Por un tiempo pensé que era la única persona del mundo que disfrutaba con ello. Así que me iba solo.

10 Soda por lo menos procura entenderlo, lo cual es más de lo que hace Darry. Pero es que Soda es distinto a los demás; lo entiende todo, o casi. Por ejemplo, nunca me echa la bronca, como lo hace Darry a todas horas, ni me trata como si tuviera seis años en vez de catorce. Quiero a Soda más de lo que nunca he querido a nadie, papá y mamá incluidos. Siempre está encantado de la vida y no para de sonreír, mientras que Darry es seco y severo y casi nunca sonríe. Claro que Darry, a los veinte años, ya ha pasado por casi todo, ha crecido muy deprisa. Soda-pop no crecerá nunca. No sé qué es mejor. Me enteraré un día de estos.

En cualquier caso, seguí caminando hacia casa, pensando en la peli y con unas repentinas ganas de tener compañía. Los *greasers* no podemos ir andando por ahí mucho tiempo sin que se nos echen encima, o sin que alguien se acerque y suelte un «¡greaser!», lo cual tampoco es para quedarse tan tranquilo. Los que nos asaltan son los *socs*. No estoy muy seguro de cómo se deletrea, pero es la abreviatura de *socials*, la clase alta, los niños ricos del West Side. Es igual que la palabra *greaser*, la que se usa para clasificarnos a los chicos del East Side.

Somos más pobres que los *socs* y que la clase media. Seguramente también somos más bestias. No al estilo de los *socs*, que andan por ahí asaltando *greasers* y destrozando casas a patada limpia con botes de cerveza, y que les dedican un artículo en el periódico por ser una vergüenza pública un buen día y una deuda de la sociedad al día siguiente. Los *greasers* somos un poco como los *hoods*; robamos cosas y conducimos viejos coches trucados y atracamos gasolineras y armamos una pelea entre pandillas de cuando en cuando. No es que yo haga cosas así. Darry me mataría si me metiera en líos con la bofia. Desde que mamá y papá murieron en un accidente de coche, nosotros tres hemos aprendido a estar unidos comportándonos debidamente. Así que Soda y yo nos mantenemos apartados del jaleo todo lo posible, y cuando no hay más remedio, tenemos mucho cuidado de que no nos pille en medio. Quiero decir que muchos *greasers* hacen cosas de esas, igual que nosotros llevamos el pelo largo y vestimos con vaqueros y camisetas, o nos dejamos por fuera los faldones de la camisa y nos ponemos cazadoras de cuero y playeras o botas. No pretendo decir que los *socs* o que los *greasers* sean unos mejores que otros, qué va; simplemente, así son las cosas.

Podría haber esperado para ir al cine a que Darry o Sodapop salieran del curro. Habrían venido conmigo, o me habrían llevado en coche, o hubiéramos venido andando, aunque Soda no puede estarse quieto y sentado el tiempo necesario para disfrutar de una película, y a Darry el cine le mata de aburrimiento. Darry opina que

ya tiene bastante con su vida sin fisgar en la de otras personas. O si no, podría haberme traído a uno de la pandilla, uno de los cuatro chicos con los que Darry, Soda y yo hemos crecido y a los que consideramos de la familia. Estamos casi tan unidos como hermanos; cuando creces en un barrio tan cerrado como el nuestro, terminas por conocer a los otros verdaderamente bien. De haberseme ocurrido, habría llamado a Darry, que habría venido a recogerme, o si no Two-Bit Mathews —uno de la pandilla— me habría llevado en su coche si me hubiera acordado de pedirselo, pero es que a veces no uso la cabeza. Mi hermano Darry se pone enfermo cada vez que hago cosas así, pues por algo se supone que soy un chico listo; paso los cursos con buenas notas y tengo un coeficiente intelectual elevado y todo eso, pero no uso la cabeza. Además, me gusta caminar.

Estaba a punto de decidir que tampoco me gusta tanto cuando vi aquel Corvair rojo que me seguía los pasos. Estaba casi a dos manzanas de casa, así que empecé a andar un poco más aprisa. Nunca me habían asaltado, pero vi a Johnny después de que cuatro *socs* le cogieran por banda y, la verdad, no quedó nada bien que se diga. Después de aquello a Johnny le daba miedo hasta su sombra. Johnny tenía dieciséis años.

Supe que no serviría de nada —andar deprisa, quiero decir— antes incluso de que el Corvair parase a mi lado y bajasen de él cinco *socs*. Me asusté bastante —soy más bien pequeño para tener catorce años, aunque tengo buena complexión, y aquellos tipos eran mucho más grandes

que yo—. Automáticamente, metí los pulgares en los bolsillos y me alejé cabizbajo, preguntándome si me sería posible salir de aquella si al menos intentaba escabullirme. Me acordé de Johnny —de su cara toda cortada y magullada, y me acordé de cómo lloró cuando le encontramos, medio inconsciente, en un rincón de un solar—. En su casa, Johnny lo tenía muy crudo; costaba mucho trabajo hacerle llorar.

Estaba sudando ferozmente, aunque tenía frío. Sentí cómo iban humedeciéndoseme las palmas de las manos y cómo me chorreaba la transpiración por la espalda. Así es como me pongo cuando me asusto de verdad. Miré alrededor en busca de una botella o una estaca o algo —Steve Randle, el mejor amigo de Soda, una vez mantuvo a raya a cuatro tíos empuñando una botella rota—, pero no había nada. Así que me quedé donde estaba, quieto como un clavo, mientras me rodeaban. No uso la cabeza. Anduvieron a mi alrededor lentamente, silenciosamente, sonriendo.

—¡Eh, *greaser*! —dijo uno con voz excesivamente amistosa—. Te vamos a hacer un favor, *greaser*. Te vamos a cortar todo ese pelo grasiento.

Llevaba una camisa de algodón fino. Todavía la veo. Azul. Uno de ellos se rio, luego me maldijo en voz baja. No se me ocurría nada que decir. Simplemente, no hay muchas cosas que decir mientras esperas que te zurren, así que cerré la boca.

—¿No te hace falta un buen corte de pelo, *greaser*? —el rubio de mediana estatura sacó una navaja y la abrió con un golpe seco.

Finalmente se me ocurrió decir algo.

—No.

14 Retrocedí, alejándome de la navaja. Claro está que retrocedí hasta caer justo encima de uno. Me derribaron en un segundo. Me atenazaron los brazos y las piernas y uno se me sentó encima del pecho, con las rodillas sobre mis codos, y si te parece que eso no duele es que eres idiota. Olía a loción de afeitar English Leather y a tabaco rancio, y me pregunté con cierta estupidez si no me asfixiaría antes de que hicieran algo. Estaba tan asustado que casi deseaba asfixiarme. Luché por soltarme, y durante un segundo estuve a punto; luego apretaron más y el que tenía encima me soltó un par de bofetadas. Así que me estuve quieto, insultándoles entre jadeos. Tenía una faca sobre la garganta.

—¿Entonces prefieres que el corte de pelo empiece justo debajo de la barbilla?

Me dio la impresión de que eran capaces de matarme. Me volví loco. Empecé a chillar, a llamar a Soda, a Darry, a cualquiera. Alguno me tapó la boca con la mano y le mordí con todas mis fuerzas; noté el sabor de la sangre, que me corría por entre los dientes. Oí mascullar un taco y me llevé otro par de golpes; luego me metieron un pañuelo en la boca.

—Que se calle, por lo que más quieras, haz que se calle —repetía uno.

Luego se oyeron gritos y pisadas, y los *socs* pegaron un bote y me dejaron allí tendido, jadeando. Allí me quedé, preguntándome qué diablos ocurría: la gente iba y

venía, pasaban a empellones a mi lado; estaba demasiado aturdido para enterarme. Luego alguien me agarró de las axilas y procuró ponerme en pie. Era Darry.

—¿Estás bien, Ponyboy?

Me zarandeaba. «Ojalá se esté quieto», pensé. Ya estaba bastante mareado. Pese a todo, supe que era Darry, en parte por la voz y en parte porque Darry siempre es un poco bruto conmigo, aun sin querer.

—Estoy bien. Estate quieto, Darry, estoy bien.

Paró al instante.

—Lo siento.

En realidad no lo sentía. Darry nunca se arrepiente de nada que haya hecho. A mí me resulta divertido que se parezca tanto a mi padre y que actúe siempre al contrario que él. Mi padre solo tenía cuarenta años cuando murió, pero aparentaba veinticinco y mucha gente creía que papá y Darry eran hermanos en vez de padre e hijo. Pero solo se parecían; mi padre nunca fue bruto con nadie, ni siquiera sin querer.

Darry mide uno noventa y tantos, es ancho de hombros y muy musculoso. Tiene el pelo castaño oscuro, con un remolino en la frente y otro menor en la nuca —igual que papá—, pero tiene los ojos distintos. Son ojos como dos pedazos de hielo azul verdoso. Tienen un aire decidido, muy suyo, como todo él. Aparenta más de veinte años... y es duro, tranquilo y listo. Sería verdaderamente guapo si sus ojos no fueran tan fríos. No entiende de nada que no sean hechos sin vuelta de hoja. Pero usa la cabeza.

Volví a sentarme, frotándome la mejilla que más me habían zurrado.

Darry apretó los puños en los bolsillos.

—No te han hecho mucho daño, ¿verdad?

Sí que me lo hicieron. Me escocía y me daba pinchazos y tenía el pelo dolorido, y estaba tan nervioso que me temblaban las manos y tenía ganas de ponerme a sollozar, pero esas no son cosas para contárselas a Darry.

—Estoy bien.

16 Sodapop se acercó a grandes pasos. Para entonces ya me había dado cuenta de que todo aquel ruido que había oído eran los de la pandilla, que venían a rescatarme. Se dejó caer a mi lado y me examinó la cabeza.

—Te has llevado algún que otro corte, ¿eh, Ponyboy?

Sacó un pañuelo, humedeció la punta con la lengua y me lo apretó con cuidado sobre la sien.

—Sangras como un cerdo en el matadero.

—¿Sí?

—¡Mira! —me mostró el pañuelo, enrojecido como por arte de magia—. ¿Tiraron de faca?

Recordé la voz: «¿No te hace falta un buen corte de pelo, greaser?». La hoja debía de habersele resbalado mientras intentaba hacerme callar.

—Sí.

Soda es más guapo que cualquiera de los chicos que conozco. No como Darry: Soda tiene ese aire de estrella de cine que hace que la gente se pare en la calle y se dé la vuelta para verle pasar. No es tan alto como Darry, y es un poco más delgado, pero tiene una cara finamente

dibujada, delicada, que de alguna manera se las arregla para estar pensativa y temeraria al mismo tiempo. Tiene el pelo rubio oscuro y se lo peina hacia atrás, largo, sedoso y recto, y en verano el sol se lo aclara hasta hacerlo parecer dorado como el trigo. Tiene los ojos oscuros —ojos vivos, danzarines, provocadoramente risueños, que en un instante saben ser amables y simpáticos y, al siguiente, relampaguear de indignación—. Tiene los ojos de papá, pero Soda es único. Es capaz de emborracharse con una carrera de *drags*\* o a fuerza de bailar, sin acercarse al alcohol siquiera. En el barrio es difícil encontrar un chaval que no empine el codo de vez en cuando. Pero Soda no toca ni una gota; no le hace falta. Se emborracha nada más que con vivir. Y entiende a todo el mundo.

Me observó más de cerca. Aparté la mirada a toda prisa, pues, si quieres que te diga la verdad, estaba a punto de empezar a llorar. Sabía que estaba tan pálido como me sentía, y que temblaba como una hoja.

Soda me puso la mano en el hombro.

—Tranqui, Ponyboy. Ya no te harán más daño.

—Ya lo sé —dije, pero el suelo se desdibujó y sentí lágrimas calientes que me rodaban por las mejillas. Me las froté con impaciencia—. Solo estoy un poco acojonado, nada más —solté un suspiro tembloroso y dejé de sollozar.

No puedes echarme a llorar delante de Darry. No, a menos que te hayas llevado una paliza como la que le die-

\* Coches trucados.

ron a Johnny aquel día que le encontramos en el solar. En comparación con Johnny, a mí no me habían hecho nada.

Soda me frotó el pelo.

—Eres un chaval cojonudo, Pony.

Tuve que sonreírle; Soda es capaz de hacerte reír con cualquier cosa. Imagino que es porque siempre está sonriendo.

—Estás como un cencerro, Soda.

Darry nos miró como si tuviera ganas de cascarnos una cabeza contra la otra.

—Los dos estáis como cabras.

Soda no hizo más que alzar una ceja, un truco que había aprendido de Two-Bit.

—Parece que es cosa de familia.

Darry se le quedó mirando fijamente un momento y después se echó a reír. Sodapop no le tiene miedo como los demás, y le encanta tomarle el pelo. Yo preferiría reírme en la cara de un oso gris de tamaño natural; pero, sea como sea, parece que a Darry le hace gracia que Soda le tome el pelo.

Nuestra pandilla había perseguido a los *socs* hasta su coche y los había apedreado. Volvieron corriendo a donde estábamos —cuatro tíos duros y flacos—. Eran todos duros como rocas, no había más que verlos. Yo había crecido con ellos, y me aceptaban pese a ser más joven porque era el hermano menor de Darry y Soda y sabía mantener la boca cerrada.

Steve Randle tenía diecisiete años; era alto y flaco, con un pelo espeso y grasiento que llevaba peinado en

complicados rizos. Era un tío chulo, agudo, y el mejor amigo de Soda desde que dejó la escuela. Su especialidad eran los coches. Era capaz de quitar un tapacubos más deprisa y haciendo menos ruido que cualquier otro del barrio, pero también conocía los coches de arriba abajo y por delante y por detrás, y sabía conducir cualquier cosa con ruedas. Él y Soda trabajaban en la misma gasolinera —Steve por horas y Soda todo el día—, que tenía, por cierto, más clientes que cualquier otra en la ciudad. Quizá fuera porque Steve era tan bueno con los coches o porque Soda atraía a las chicas como la miel a las moscas, no sabría decírtelo. Me gustaba Steve solo por ser el mejor amigo de Soda. Yo no le hacía ni pizca de gracia; pensaba que era un perrito faldero y un crío. Soda siempre me llevaba con ellos cuando iban por ahí, siempre que no fuesen con chicas, y eso a Steve le fastidiaba. No era culpa mía: Soda siempre me llamaba, no era yo quien se lo pedía. Soda no piensa que soy un crío.

Two-Bit Mathews era el más viejo de la panda y el mayor bromista de todos. Medía uno noventa más o menos, bastante robusto, y estaba muy orgulloso de sus largas patillas color rojo oxidado. Tenía los ojos grises y una ancha sonrisa, y no podía dejar de hacer comentarios divertidos ni aunque le fuese la vida en ello. Era imposible hacerle callar; siempre se las arreglaba para decir sus dos paridas. De ahí el apodo. Hasta los profesores olvidaron que su verdadero nombre era Keith, y nosotros apenas si recordábamos que alguna vez lo hubiese tenido. La vida era una enorme broma para Two-Bit. Era famoso por su

habilidad para mangar en las tiendas y por su faca de cachas negras (que no podría haber adquirido sin ese primer talento), siempre andaba de bromas y cachondeo con los polis. En realidad no podía evitarlo. Todo cuanto decía era tan irresistiblemente divertido que pura y simplemente tenía que hacer que la bofia se enterase, aunque solo fuera para iluminar sus aburridas vidas. (Así al menos es como me lo explicó). Le gustaban las peleas, las rubias y, por alguna insondable razón, la escuela. A los dieciocho aún seguía en el instituto y nunca había aprendido nada. A mí me gustaba mucho porque nos hacía reírnos de nosotros mismos tanto como de otras cosas. Me recordaba a Will Rogers, quizá por la sonrisa.

Si tuviese que elegir al verdadero personaje de la pandilla, me quedaría con Dallas Winston, Dally. Antes me gustaba dibujar su estampa cuando andaba cabreado, porque podía plasmar su personalidad con unos pocos trazos. Tenía cara de duende, con pómulos muy salientes y mentón huidizo, dientes pequeños y afilados, como de animal, y orejas como las de un lince. De tan rubio, tenía el pelo casi blanco, y no le gustaba cortárselo, así como tampoco la gomina, de manera que le caía en mechones sobre la frente y en crenchas por detrás, y se le rizaba tras las orejas y en el cogote. Tenía ojos azules, resplandecientes como el hielo y fríos de aborrecimiento por el mundo entero. Dally había pasado tres años en la parte más salvaje de Nueva York y había estado en el talego a la edad de diez años. Era más duro que el resto de nosotros, más duro, más frío, más mezquino. La sombra de diferencia que distingue a un

*greaser* de un *hood* no existía en Dally. Era tan bestia como los chicos de los suburbios, como la banda de Tim Shepard.

En Nueva York, Dally se desfogaba en peleas callejeras, pero aquí las bandas organizadas son una rareza; no hay más que grupillos de amigos que se juntan, y la guerra tiene lugar entre clases sociales. Una riña, cuando se arma de veras, suele nacer de una pelea por rencor a la que los contendientes van con sus amigos. Bueno, sí que hay por aquí algunas bandas con nombre, como los Reyes del Río y los Tigres de la Calle Tíber, pero aquí, en el suroeste, no hay rivalidad entre bandas. Así que Dally, aunque a veces tenía la oportunidad de meterse en peleas de las buenas, no odiaba nada en especial. Ninguna banda rival. Solo los *socs*. Y contra ellos no se puede ganar, ni por mucho que lo intentes, porque son ellos quienes tienen todo a su favor. Y ni siquiera zurrarlos va a cambiar los hechos. Quizá por eso Dallas era tan amargo.

Tenía lo que se dice toda una reputación. Estaba fichado en la comisaría. Le habían arrestado, se emborrachaba, participaba en los rodeos, mentía, hacía trampas, robaba, atracaba a borrachos, pegaba a los niños pequeños... de todo. No me gustaba, pero era listo y había que respetarle.

Johnny Cade era el último y el poquita cosa. Si puedes imaginarte un muñeco oscuro que ha sido vapuleado demasiadas veces y que está perdido entre una muchedumbre de extraños, ahí tienes a Johnny. Era el más joven, aparte de mí, y más pequeño que el resto, de complexión ligera. Tenía grandes ojos negros en una cara oscura,

bronceada; el pelo era negrísimo y lo llevaba muy engominado, peinado hacia un lado, pero lo tenía tan largo que le caía a chorretones sobre la frente. Tenía una mirada nerviosa, suspicaz, y la paliza que le dieron los *socs* no le vino nada bien. Era la mascota de la banda, el hermano pequeño de todos. Su padre estaba siempre vengado a pegarle, y su madre no le hacía ni caso excepto cuando estaba jorobada por algo, y entonces se la oía berrearle con toda claridad desde nuestra casa. Creo que odiaba más eso que las palizas. Si no hubiéramos estado allí, se habría escapado de casa un millón de veces. De no haber sido por la pandilla, Johnny nunca habría conocido qué son el amor y el afecto.

Me sequé los ojos a toda prisa.

—¿Los pillasteis?

—Qué va. Esta vez se piraron, los muy... —Two-Bit siguió alegremente, llamando a los *socs* todas las burradas que se le ocurrían o que inventaba.

—¿Está bien el chaval?

—Estoy bien —intenté pensar algo que decir. Normalmente soy bastante tranquilo con la gente. Cambié de conversación—. No sabía que te hubiesen sacado ya de la nevera, Dally.

—Buena conducta. Acabé pronto.

Dallas encendió un cigarro y se lo pasó a Johnny. Todos nos sentamos a fumar y a relajarnos. Un cigarro siempre disminuye la tensión. Yo había dejado de temblar y había recobrado el color.

El cigarro me estaba calmando. Two-Bit elevó una ceja.

—Te queda bien ese moratón, chico.

Me toqué la mejilla con tiento.

—¿En serio?

Two-Bit asintió sabiamente.

—Bonito corte también. Te da aire de duro.

*Duro* y *guay* son dos palabras diferentes. *Duro* es lo mismo que rudo; *guay* quiere decir buen rollo, molón, como un Mustang guay o un disco guay. En nuestro barrio, las dos son cumplidos.

Steve echó la ceniza en dirección a mí.

—¿Qué hacías caminando por aquí tú solo? —había que dejar que el bueno de Steve sacase a relucir el tema.

—Volvía a casa después del cine. No pensé que...

—Nunca piensas nada —terció Darry—, ni en casa ni en ninguna parte donde haga falta. Tienes que ponerte a pensar justo en la escuela; total, para traer buenas notas. Te pasas el día con la nariz metida en un libro, pero en la vida no usas la cabeza cuando de verdad hace falta. Si es que no te coscas, chavalín. Y si no te quedaba más remedio que ir por ahí tú solo, deberías haber llevado una navaja.

Me quedé mirando el agujero que tenía en el dedo gordo de las deportivas. Darry y yo, pura y simplemente, no nos apreciábamos demasiado. Yo nunca fui capaz de complacerle. Me habría echado la bronca igual por llevar la navaja que por no llevarla. Si traía a casa notables, exigía sobresalientes, y si traía sobresalientes, quería asegurarse de que iban a durar. Si jugaba al fútbol, debería estar estudiando, y si leía, debería salir a jugar al fútbol.

Nunca le echaba la bronca a Sodapop, ni siquiera cuando hacía novillos, ni cuando le caían multas por exceso de velocidad. Solo me regañaba a mí.

Soda le estaba contemplando.

—Deja en paz a mi hermanito, ¿oyes? No es culpa suya que le guste ir al cine, ni tampoco que a los *socs* les guste asaltarnos, y si hubiese llevado navaja, esa hubiera sido buena excusa para cortarle en pedacitos.

Soda siempre da la cara por mí.

24 —Cuando quiera que mi hermanito me diga qué he de hacer con mi otro hermanito —dijo Darry con impaciencia—, ya te pediré tu opinión, hermanito —pero me dejó en paz. Siempre lo hace cuando Soda se lo dice. O casi siempre.

—La próxima vez, que vaya uno de nosotros contigo, Ponyboy —dijo Two-Bit—. Cualquiera lo hará encantado.

—Hablando de pelis —Dally bostezó a la vez que tiraba la colilla—, mañana por la noche voy a ir al Nightly Double. ¿Queréis venir conmigo alguno, a ver cómo se da la cosa?

Steve sacudió la cabeza.

—Soda y yo vamos a recoger a Evie y a Sandy para ir a ver el partido.

No le hacía ninguna falta mirarme tal como lo hizo después. Yo no iba a preguntarle si podía ir. Nunca se lo digo a Soda, porque a él le gustará mucho Steve, pero yo a veces no aguanto a ese Steve Randle. En serio. A veces le odio.

Dally suspiró, tal como supe que haría. Nunca tenía tiempo para nada.

—Mañana por la noche tengo curro.

Dally nos miró al resto.

—¿Y vosotros? ¿Two-Bit? Johnnycake, ¿no queréis venir tú y Ponyboy?

—Johnny y yo sí —dije; sabía que Johnny no abriría la boca a menos que le forzaran—. ¿Hace, Darry?

—De acuerdo, ya que no tienes clase —Darry era estupendo a la hora de dejarme salir los fines de semana. Pero entre semana casi nunca podía salir de casa.

—Mañana por la noche pensaba cogermelo un colocón —dijo Two-Bit—. Si no, ya me daré una vuelta a ver si os veo.

Steve miró la mano de Dally. El anillo que le había levantado a un viejo borracho estaba de nuevo en su dedo:

—¿Has vuelto a romper con Sylvia?

—Sí, y esta vez va en serio. Esa zorrilla estaba haciendo horas extras otra vez mientras yo estaba en el trullo.

Pensé en Sylvia, y en Evie, y en Sandy y en las muchas rubias de Two-Bit. Eran la única clase de chicas que se dignaban mirarnos, pensé. Chicas duras, escandalosas, que llevaban demasiada pintura de ojos y que se reían por lo bajo y decían tacos. Me gustaba Sandy tal cual, la chica de Soda, pese a todo. Tenía el pelo rubio natural y su risa era suave, igual que sus ojos, azul porcelana. No tenía una verdadera casa, y era de nuestra clase, *greaser*, pero era una chica verdaderamente agradable. Con todo, infinidad de veces me preguntaba cómo serían las otras chicas. Esas chicas de ojos brillantes y que llevan vestidos de una longitud decente y actúan como si tuvieran

25